da sin dejar entrever el temor al castigo; y no sólo realizar el propio deber, si que tambien demostrar que se comprende; y no sólo demostrarlo, sino hacer ver que no sólo se cumple por necesario, si no que se tiene por justo. Y sobre todo, no abandonarse nunca á aquel mal humor que encuentra todo mal, y lo censura, y halla inconvenientes en todo, casi inevitables en el servicio militar, como en toda profesion, y murmura de los superiores y encuentra que todo se arregla de la peor manera, y que los que mandan no saben lo que se pescan. Este espíritu de censura atrevida y ligera es la peste de la disciplina; guardaos de él so pena de estar eternamente descontentos y descontentar eternamente á los demás. Recordad que cuando cien ojos se abren sobre lo que verifica un solo individuo, es muy fácil buscar materia con que reir; que ver el mal es asunto bastante más sencillo que saber ejecutar el bien; es una ilusion comun á muchos de los que se hallan abajo pensar que, colocados en el sitio de los que ordenan, lo harían mejor; que todos los que mandan hoy, obedecían ayer, y acaso criticaban á todos y á todo, como hoy hacemos nosotros, y no por esto han conseguido renovar el mundo cuando les ha tocado su vez; que las cosas miradas de abajo arriba presentan un aspecto enteramente distinto de cuando se las mira al inverso; y en fin, pensad, quintos, en todos los vulgares dictámenes de la más vulgar experiencia y del más comun buen sentido.

Pero todo esto no basta: todavía es preciso preparar el ánimo para tolerar muchas pequeñas injusticias

muchas pequeñas faltas y disgustos, para lo que no sirven reclamaciones ni protestas; cosa inevitable donde se reune gran número de individuos á hacer vida comun y cada cual cuenta con su temperamento y su humor y olvida el de los demás; en los colegios, en los institutos, en las clases todas de los ciudadanos, por todas partes, en suma, donde hay superiores é inferiores, donde muchos mandan y muchos obedecen, indispensablemente resulta la consecuencia de que existe quien manda mal y quien no obedece bien.

Y todos los inconvenientes inseparables de ese género de vida en comun, no han de atribuirse ciegamente á la disciplina militar, la cual, al fin y al cabo, no se diferencia de las demás, sino en que va sujeta á normas más precisas, dependiendo ménos del capricho de las personas, compensando así hasta cierto punto su mayor severidad; pero no olvideis que estos inconvenientes son vicios inseparables de toda disciplina y de toda organizacion.

Bueno es convencerse profundamente de esto: que la disciplina existe en todas partes; en la administracion, por ejemplo, se cuentan individuos que castigan é individuos que sufren; individuos que imponen multas é individuos que las pagan; individuos que aplican penas é individuos que las soportan con santa resignacion; individuos que dicen:—Usted es un burro é individuos que responden:—Sí, señor. Y en fin, que lo que se hace y lo que se sufre en un regimiento para no ir al calabozo ni estar á pan y agua, se hace

y se sufre entre miles de miles de empleados gubernativos y no gubernativos para no ser declarados cesantes y dejados en medio del arroyo con la familia, lo cual equivale á huir de quedar á pan y agua. Bocados amargos en todas partes se tragan, mis queridos quintos, áun en los gabinetes de los ministros, en las córtes de los reyes, de donde salen muchos con el corazon despedazado y con la cabeza blanca antes de tiempo.

Pero todavía no basta lo dicho. No basta respetar y amar á los superiores, sometiéndose dócilmente á la disciplina y cumpliendo las obligaciones impuestas por las necesidades del servicio.

Es un deber para el soldado procurarse asimismo una grandísima ventaja aprendiendo á leer y escribir.

Y para convencerse que es un deber el instruirse, y con objeto de inspiraros el deseo de llenarlo, sea suficiente este sencillo razonamiento.

La mayor parte de los males de Italia nace de la ignorancia, porque la ignorancia por sí misma constituye el mayor de los males. ¿Sabeis por qué? Porque la mayor parte de los padres de familia que no saben leer ni escribir no se cuidan generalmente de enviar sus hijos á la escuela, ya que no comprenden la utilidad; y los hijos crecen y viven tan ignorante como los padres. Privados de la cultura que se deriva

del estudio (y entiéndase por estudio la lectura de buenos libros), estos niños no reciben otra educacion que la del padre ¿y qué sucede? Sucede que el padre y la madre son gente honrada, de buenas costumbres, cariñosa para la familia, y solícita del bien de los hijos, y estos llegan por tal camino á ser personas estimables, ignorantes, es verdad, pero al fin y al cabo, ser bueno ya es algo. Pero si el padre y la madre son malos, insensibles, olvidadizos de sus obligaciones y trabajos, dan mal ejemplo á sus hijos, y de estos, el noventa por ciento sale tan bribones como los padres, y quizá peor, porque les falta la educacion de la inteligencia y del sentimiento que dan los buenos libros; recta y sábia educacion que destruiría ó mitigaría por lo ménos los efectos de aquella otra perversa que recibieron en casa.

De esto se origina el hecho de que en las clases ignorantes la maldad del ánimo y la irregularidad de costumbres se conserva y propaga de padres á hijos, de familia en familia, bastante más que en las otras clases sociales, donde los chicos encuentran en el maestro un segundo padre que muchas veces cambia en ellos la mala direccion aprendida del padre natural, hasta el punto que salen de la escuela mejores siempre, y en ocasiones completamente otros de lo que se hubiera creido al principio, dados sus antecedentes de familia.

¿No tenemos una prueba de esto en que hay familias donde en el trascurso de cuatro ó cinco generaciones han suministrado diez ó doce individuos á las

cárceles ó á los presidios por crímenes y delitos de varia especie? ¿No tenemos pueblos, barrios enteros en los que la poblacion es notoriamente triste y facinerosa sobre todas las demás?

Por esto entre esta gente se comunica la maldad con el ejemplo, de edad en edad, de individuo en individuo, sin encontrar nunca impedimento ó freno en la instruccion que ilumina la inteligeneia, fortifica la conciencia y hace cultas las costumbres.

Aprended, pues, á leer y á escribir, no solamente para vuestro uso, sino para el bien de vuestros futuros hijos; procurad volver á casa con esta ventaja positiva obtenida en el servicio militar; aprended á escribir para mantener correspondencia con vuestras familias; aprended á leer para facilitaros el conocimiento de vuestros deberes de soldados mediante la lectura de los reglamentos é instrucciones y para proporcionaros útil y agradable pasatiempo en las horas de descanso. El servicio retarda y evita en parte esta enseñanza, lo sé. Las ocupaciones cotidianas os conceden poco tiempo, arrebatándoos la gana de leer, tambien es cierto; pero haced lo que podais: por poco que sea, siempre ese poco será mejor que nada. El soldado—dice un escritor francés,—es bello especialmente en estos dos casos: cuando se lanza contra el enemigo á bayoneta calada y cuando se sienta á los piés de la cama con una cartilla en la mano.

Un consejo todavía.

El soldado italiano, ha dicho poco há un periódico, es siempre buen amigo, siempre modesto, siempre simpático, de buenas costumbres y cortés como ningun otro soldado del mundo. Es cierto, y así se ha reconocido generalmente, y podemos afirmarlo nosotros hoy sin adulacion, y lo aseguramos con vivísimo sentimiento de orgullo porque creemos que no se pueden hacer superiores elogios á un ejército. Ahora bien; conservad intacta esta noble fama, queridos quintos, aumentadla y arraigadla. Tened siempre por seguro que las tropas son tanto más respetadas por sus conciudadanos, cuanto son más temidas por sus enemigos. Ningun regimiento llega á hacerse querer y estimar si los soldados individualmente no se conquistan la benovolencia mediante moderacion y dignidad. Recordad que precisamente por su mesura jamás provocó el soldado italiano un desórden en las poblaciones, sirviendo en cambio para aquietar muchos, solo con su presencia. Persuadíos de que la popularidad obtenida por cualquier soldado, por sus buenas maneras entre el paisanage, ahorra en muchos casos á enteras compañías y á regimientos enteros la triste necesidad de emplear las armas y derramar la sangre. Y de igual modo que debe con el ejemplo inculcar en los ciudadanos el amor al órden y la observancia de la ley, debe tambien respetando y amando al pueblo, del cual es hijo, y defensor, inspirarle el respeto y afecto que al pueblo le debe por razon de gratitud y de naturaleza.

Hé ahí vuestros deberes.

Y ahora, ved pronto la manera de haceros soldados.

Las condiciones del ejército imponen que se apresure extraordinariamente vuestra instruccion. Suplid la estrechez del tiempo con la buena voluntad. La educacion de los quintos suele reclamar tiempo largo ya que por lo general aturdidos y desconcertados por la nueva vida á que se les condûce, no prestan en los primeros dias la atencion reposada á la instruccion, que dedican más tarde.

Procurad vencer estas dificultades acomodándoos cuanto antes á los nuevos hábitos y ocupaciones; no os limiteis á la ejecucion automática de las órdenes que hace necesaria la repeticion constante de la enseñanza indefinidamente; pensad, observad, recordad, solicitad el buen deseo de los instructores con la rapidez de los progresos; cuando se quiere aprender presto algo, ya se ha ganado gran parte con la sola aspiracion; el celo aligera todos los deberes y trunca todas las dificultades. Quien trascura las primeras instrucciones permanecerá eternamente hecho un medio quinto; lo que no se aprende á hacer bien, pronto, se continúa ejecutando mal, ó se aprende á fuerza de censuras y castigos. Estudiad concienzudamente vuestros deberes, pronto sereis llamados á cumplirlos; la escasez de contingente del ejército, reclama un servicio más activo en cada individuo; colocaos en el caso de corresponder á la confianza que se deposita en vosotros.

No descuideis sobre todo el servicio de guardia; algunas veces pesa sobre la cabeza del soldado grandísima responsabilidad; pensad en ello y proponeos no

manchar jamás el número 18; conservadlo blanco, como el blanco de vuestra bandera.

Y esta bandera amadla y veneradla; las recientes desgracias no la han oscurecido sino con un crespon en señal de luto por los que sucumbieron en la batalla, pero no le imprimieron una sola mancha; no, no se la han impreso; por cuanto tenemos de más sagrado en el corazon, os lo aseguro, por el honor de la sangre italiana. Nuestra bandera es espléndida é inmaculada como en los más bellos dias de nuestra inmortal revolucion. La victoria no ha firmado pacto con ningun ejército del mundo; todas las banderas se empaparon en lágrimas; la mala fortuna ha arrancado una hoja de laurel de cada bandera; á cada pueblo le ha tocado un dia nefasto y triste que hizo repercutirle en su corazon un grito de antiguos triunfos y un grito de dolor de derrotas posteriores; mil ejércitos se han levantado despues de la desgracia, más formidables y más fieros.

Sí, amadla y veneradla esta bandera: tuvo hermosos dias de gloria; tremoló muchas veces al caer del sol en la cumbre de una montaña cuya posesion fué disputada desde la salida del astro de la mañana; muchas veces enhiesta entre los pedazos del bastion de una muralla desmantelada, fué saludada victoriosa por los moribundos de las trincheras; ha escuchado las exclamaciones de la alegría soberbia de sus hijos. Otras

banderas quizá fueron más temidas, pero ninguna ciertamente más invocada, más bendecida, ni tan amada como ella.

¡Quintos! os he dicho la verdad, creedlo; si no os parece mi acento el acento de la conviccion y del cariño, no lo atribuyais á dudosa sinceridad ó á tibieza de corazon; atribuidlo á mi pluma inepta y torpe y á la naturaleza misma de este pobre lenguaje humano, al cual escapan siempre las palabras más adecuadas y los más delicados sentimientos del alma!

LA ADOLESCENCIA

Aquellos tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de descorazonamientos y melancolías como cuando se principia á sentir la vejez.

El espíritu, desmañado al entrar en plena vida, se encierra por todas partes queriendo inútilmente romper afanoso la cárcel que lo circunda. De igual modo que el gérmen en la primavera intenta romper la corteza que le envuelve, y se agita impaciente contra las paredes que lo retienen, así en aquellos años el hombre se encuentra cerrado dentro del muchacho y se sacude incesantemente para libertarse por completo.

Necesita aire y luz y quisiera levantar su vuelo, y chocan sus alas en las paredes domésticas y las repliega doloridas y lastimadas. Ve debajo pequeño mundo de niños donde se juega, se rie, se canta y no puede ya descender hasta él; ve encima otro vasto mundo donde se piensa, se trabaja, se combate y se ama y no puede tampoco todavía subir hasta esa esfera.